

De modo que pueden calcularse en un minimum de cincuenta millones de pesos fuertes los que por todos conceptos sacaba España de América todos los años, beneficios enormes que prueba cuán grande era el desbarajuste de España en tiempos del antiguo régimen, ya que tan grande cantidad no bastaba á enjugar el déficit de la Península, pereciendo nuestra armada y nuestro ejército de miseria, y como esta miseria reflúa sobre América, ¿cómo no habían de pensar los americanos en poner término á esa anémica vida de las dos Españas? Cuando las metrópolis, por cualquier circunstancia que sea, no saben estar á la altura de su misión, cuando no son en realidad un elemento protector sino explotador, los pueblos se han de considerar explotados y buscar en un cambio de postura un alivio á su miseria y desnudez, por esto la revolución americana se anuncia con muchos años de anticipación, con los suficientes para haber preparado un rey sabio y prudente las medidas necesarias para robustecer las leyes fraternales y la disciplina que habían ido aflojando de un lado el progreso de las colonias y del otro el desgobierno y rutina de la metrópoli.

La posición geográfica del Estado venezolano, la disponía para el centro de todos los movimientos y es, en efecto, en Caracas en donde encontramos un precursor de la gran revolución en el mulato Andresote que había pretendido alzarse con la corona de aquel reino. Con la vida pagó su temeridad y no tuvo consecuencias ese movimiento de 1711. En el año 1748 se renovó por un hacendado de cacao igual pretensión con igual éxito y consecuencias. En esta tierra que en medio siglo había bien que mal reivindicado la autonomía, la revolución de los Estados-Unidos primero y la revolución de Francia después, había de producir la más grande influencia en los puertos de ese Estado, en los cuales, por razón de sus frutos, acudían los extranjeros que llevaban con su comercio los alientos revolucionarios de Europa, y nunca reciben mejor acogida las ideas de resistencia que cuando se vive en la opresión. Los caraqueños, pues, principiaron á sentir con vehemencia por esa libertad que en Francia se había dicho que daría la vuelta al mundo, el mismo entusiasmo que por ella habían manifestado los hombres y pueblos más cultos de Europa, y ya que no de una manera ostensible, por hacerlo imposible la vigilancia de las autoridades, de una manera sorda se fué tramando la conspiración que en su día había de dar sus resultados, pero que ahora principiaba con la desgracia de los Picornell, Andrés Cortés y otros que fueron

conducidos á las bóvedas de la Guaira en 1794. Estos fueron los primeros mártires de la libertad venezolana, y los que animaron á los Guales, Españas y Ricos á darles libertad, aún á costa de la suya ó de sus vidas. La conspiración era, pues, permanente; llamábase de *San Blas*, y ya nada podía detenerla. Sin embargo, un traidor la delató, y el día 13 de Julio de 1797, que había de ser el primer día de la libertad caraqueña, fué un día de terror, porque avisadas las autoridades echaron mano sobre los principales jefes del movimiento reduciéndoles á prisión.

Dos años hacía que se consumían en los calabozos los patriotas caraqueños cuando llegó á Caracas el nuevo capitán general Guevara de Vasconcellos con severas instrucciones, que dieron por resultado hacer salir á los pocos días para el patíbulo y para la deportación á los más de los detenidos, algunos pocos fueron puestos en libertad. Este golpe de vigor en una región en la que tanto se había ido aflojando la influencia de la autoridad, produjo de momento su resultado, y aun por años continuara la quietud, si no viniera ahora de fuera ó del extranjero la revolución.

Francisco Miranda, aventurero caraqueño que había sido favorito de la emperatriz Catalina II, de Rusia, y general de la República francesa, habiendo merecido por sus servicios á la revolución que su nombre figure en el arco de la Estrella de París, resolvió llevar á su patria la revolución, y al efecto se puso en comunicación con los patriotas dominados sí, pero no abatidos, y como entonces estábamos nosotros mal con Inglaterra por ser los aliados de Francia,—año 1806—fué en Inglaterra en donde se organizó la expedición que se compuso de una fragata de guerra y dos corbetas mercantes. Salió la expedición para venir á dar á primeros de Agosto en la costa de Aumare á seis leguas de Puerto Cabello en donde le salieron al encuentro nuestros buques de dicho apostadero, que pusieron en fuga la fragata, pero menos afortunadas las dos corbetas cayeron en poder de nuestros marinos con sus gentes. La represión fué dura. A los que se encontraron allí de oficiales se les ahorcó, y el retrato de Miranda fué quemado por mano del verdugo en la plaza Mayor de Caracas.

Pero mientras en esto se entretenían las autoridades españolas, Miranda desembarcaba en Coro al frente de cuatrocientos hombres, obligando al comandante de la provincia, Salas, á retirarse al monte, pero Salas llamó á los indios, y con ellos y los pocos soldados que pudo recoger se arrojó de

improvisó sobre Miranda, que no esperaba ser tan pronto atacado y con tanta decisión, obligándole á reembarcarse, siendo innecesario el auxilio de cinco mil hombres con que llegaba Vasconcellos, días después en auxilio de Salas. La revolución quedaba, pues, dominada de nuevo en Venezuela, pero el fuego no se había extinguido y continuaba ardiendo dispuesto á abrasarlo todo con sus llamas tan pronto hubiera quién lo atizara fuertemente. Esto sucedió en 1808 con la entrada incua de los franceses en España.

En Buenos-Aires el espíritu revolucionario recibió también su empuje del extranjero, llevándole personalmente á las orillas del Plata esta vez los ingleses.

Veían con celo y enojo los ingleses el gran desarrollo que de día en día iba tomando el vireinato de la Plata creado en 1777 y no ocultaban su resolución de ocupar las orillas del gran río que ha de llegar á ser para la América del Sud, lo que es el Mississipi para la del Norte. Declarada la guerra entre España é Inglaterra á causa de nuestra desgraciada alianza con Francia en 1804, guerra que empezó como ya hemos contado con el traidor apresamiento de las cuatro fragatas cargadas de caudales públicos y privados, la colonia poco menos que indefensa, vió aparecer un día á una escuadra inglesa que llevaba nada menos que diez mil hombres de desembarco. Aún con ser tan fuerte el enemigo que se venía encima, el virey marqués de Sobremonte y el brigadier Ruiz Huidobro que mandaba en Montevideo se mostraron tan resueltos que la escuadra viró para el Cabo de Buena Esperanza, cuya colonia perdieron á los pocos días para siempre los holandeses. Ocurrió esto en 1805, pero en el año siguiente las cosas pasaron de una falsa alarma.

Penetraron los ingleses en el Río de la Plata y desembarcaron en los Quilmes, á cuatro leguas de Buenos-Aires, 1564 hombres al mando de Beresford. Este desembarco que se hubiera podido impedir por Liniers, que mandaba las cañoneras del río, produjo tal desorden y confusión, Sobremonte se mostró tan incapaz, que no solo se les rindió Quintana y su gente, mal armada y disciplinada, es cierto, sino que se les dejó entrar en la misma ciudad, con tener ya á la sazón cincuenta mil hombres Buenos-Aires.

Tan bochornoso é inexplicable pareció á todos lo ocurrido, que públicamente se acusaba á Sobremonte de traidor, llegando estos rumores á su campamento de Castro, en donde se había retirado con

los caudales públicos y mil quinientos hombres de caballería, causando tan grande efecto, que la deserción y la indisciplina causó muy pronto sus terribles efectos, viéndose obligado Sobremonte á retirarse primero á Lujan y después á Córdoba, que declaró capital provisional del vireinato.

Beresford, que no podía comprender cómo se le dejaba tranquilo poseedor de Buenos-Aires, comprendió cuán frágil era su conquista, y como sólo podía imaginarla definitiva si lograba interesar en su ocupación á los aireños, principió entre ellos una propaganda desesperada contra España, que fué extremando á medida que el peligro se hacía más evidente.

Liniers, capitán de navío francés al servicio de España, se había retirado á Montevideo con sus cañoneros para ponerse de acuerdo con Huidobro para rescatar á Buenos-Aires. Entrególe éste ochocientos hombres, puso á su disposición el capitán de fragata Juan Gutiérrez de la Concha otros trescientos veintitres, y con estas fuerzas Liniers, que había desembarcado en las Conchas, se presentó delante de Buenos-Aires, intimando á Beresford, el día 10 de Agosto, la rendición de la plaza. Negóse Beresford á entregar la plaza, y al otro día la entró por asalto el valiente Liniers, apoderándose, al fin, de ella el día 12, en cuyo día Beresford pidió capitular, lo que se le concedió mediante rendirse á discreción, lo que hizo, concediéndole, empero, Liniers, por su valor, los honores de la guerra.

Recuperada la plaza, el enojo contra la incapacidad y cobardía de Sobremonte estalló en seguida, tomando la iniciativa el Ayuntamiento, que convocó para el día siguiente, 13 de Agosto, á las autoridades y vecinos pudientes, para ver qué es lo que se debía hacer de Sobremonte, acordándose darle por relevado de su autoridad, que traspasaban á Liniers, quien no la admitió sino á fuerza de ruegos y de protestas. Sobremonte, empero, tuvo bastante previsión para no desautorizar nada de lo hecho de tan revolucionaria manera en Buenos-Aires, rectificó el nombramiento de Liniers para lo militar, dejó el mando político al regente de la Audiencia y él se retiró á Montevideo.

Liniers, comprendiendo que tarde ó temprano volverían los ingleses sobre Buenos-Aires, preparóse para una defensa enérgica, armando batallones y más batallones de peninsulares, hijos del país, pardos y morenos, que todo el mundo mostraba la misma decisión y el ardor guerrero más entusiasta contra los ingleses. Esto era una cosa nueva en América; el ciudadano americano aparecía como



por ensalmo, que lo que le constituye en todas partes es su derecho á defender su patria con las armas en la mano y en dirigir su gobierno con su voto. Lo primero se había conseguido de una manera inesperada. Lo segundo debía presentarse á todos desde aquel momento como una aspiración. ¿Liniers pudo ser no previsor al obrar como obró? ¿Pudo imaginar, siquiera, que aquellas armas que daba á castellanos, gallegos, vizcaínos, catalanes, etc., pudiesen volverse un día contra la madre patria? No,



DUQUE DE RICHELIEU

el punto del Buceo. Corrió allí á oponerse el virey con parte de su gente, pero lo hizo tan mal, que el inglés se lo llevó por delante, dispersándole por completo, escapando el virey con los que quisieron seguirle á Guadalupe.

Estrechada la plaza, sus defensores no fueron más afortunados, y habiéndose pedido refuerzos á Liniers, éste mandó acto seguido tres mil hombres, al mando de Arce, en auxilio de Montevideo, que tuvieron la mala suerte de entrar en esta ciudad el 2 de Febrero, siendo asaltada el mismo día con irresistible empuje por los ingleses, que se posesionaron de ella al día siguiente.

Continuaron los ingleses su afortunada empresa contra la colonia, avanzando por el interior, guiados por algunos oficiales ingleses escapados de Lujan, á donde se habían llevado los que cayeron presos de Beresford, batiendo por dos distintas veces

ciertamente. Liniers hizo lo que debía hacer un militar celoso de su fama. Que hizo bien lo prueba lo que pudo hacer al presentarse de nuevo los ingleses. Aparecieron éstos, en Enero de 1807, sobre Montevideo.

Desembarcó el almirante Home, en 18 de Enero, cinco mil hombres en punta de Carretas, al mando de Achmuty, tras de lo cual intimó á Sobremonte la rendición, que éste rechazó con energía. Acoderó el inglés sus buques y preparó un desembarco por

al entonces coronel Francisco Javier Elío, que fué á oponérseles por orden de Liniers, regresando aquél á Buenos-Aires para acudir á la defensa de la plaza, cuyo ataque era inminente.

La situación de Buenos-Aires era realmente apurada; no podía contar más que consigo misma, y esta vez el inglés se disponía á atacarla con grandes fuerzas.

Sobre Liniers iba á recaer toda la responsabilidad de la lucha, ya que Sobremonte había sido formalmente destituido por los buenos airesños que le habían reducido á prisión sin que él hubiese puesto la menor resistencia, sin duda, para volver por su honor difamado con la especie de su inteligencia con los ingleses, ya que no podía restaurar su fama militar.

Presentóse al fin la expedición contra Buenos Aires formada de diez mil soldados y mil quinientos marineros al mando de Whitelocke y protegida

por setenta y un buques ingleses, desembarcando á tres leguas al Oeste de la capital, que sólo tenía siete mil hombres para su defensa.

Avanzaron los ingleses contra la ciudad el día 30 de Junio, y Liniers, confirmado en su puesto por la metrópoli, pudo contener su circunvalación hasta el día 5, en cuyo día se completó atacando inmediatamente la plaza, y como Crawford lograra forzar la línea de sus defensores y penetrara hasta la plaza de Santo Domingo, aquí envuelto en un mar de

fuego buscó su vida y la de su gente,—dos mil hombres,—entregándose á los bravos defensores de Buenos-Aires. Dejó este triunfo tan comprometido á Whitelocke, que principiaba á ceder envuelto por todas partes por los hispano-americanos, cuando Liniers le propone el reembarque con toda su gente que él tenía prisionera, incluso la de Beresford, á condición de devolver á Montevideo en el ser y estado en que tenía la plaza antes de tomarla el inglés, proposición que no debía haber hecho Liniers



BENJAMIN CONSTANT

seguro de su triunfo y de conseguir gloriosamente lo que por capitulación iba á recobrar además de guardar prisionero á todo el ejército inglés. Dicho se está que Whitelocke se apresuró á salvarse aceptando la capitulación que se le proponía,—7 de Julio,—saliendo de la empresa sin gloria, pero no sin honor.

La consecuencia inmediata de la batalla de Buenos-Aires, fué infundir en sus milicianos un alto concepto de su valor y pericia militar. Habían batiendo á los ingleses y por ello se sentían con justo título orgullosos. Sentíanse por consiguiente necesarios, porque España no enviaba sus soldados, y se hacían los exigentes. ¿Qué había, pues, de suceder con el empeoramiento de las cosas, y con saber al año siguiente que Napoleón había casi borrado del mapa de Europa á España?

La guerra de España encontró á Buenos-Aires envuelta en una lucha contra los ingleses por su causa, y ahora se iba á principiar una nueva guerra contra los franceses por su deslealtad. Esto era demasiado para una colonia que no hacía más que nacer, y que tan lejana estaba de la metrópoli, por esto la guerra y revolución de España, produjeron, en Buenos-Aires y en la Plata más pronto que en otros puntos, sus efectos.

Téngase también presente que en la Plata la dominación española no había presentado el aspecto brillante que había alcanzado en Nueva-España, Méjico y el Perú. Las grandes riquezas pecuarias del Plata, habían sido hasta entonces medianamente estimadas y su excéntrica posición topográfica tenía aquella región un tanto olvidada. Todo esto hacía que allí el españolismo no tuviera un gran centro